

Iglesia que se deja transformar por los problemas y realidades del mundo rural, desde los que nos interpela el mismo Espíritu de Dios.

El trabajo en grupo abre un abanico inmenso de posibilidades a una presencia activa, transformadora y evangelizadora del mundo rural.

III. Retos y exigencias de la pastoral rural misionera

Los retos

Los datos sociológicos nos hablan de una evolución de la población hacia la indiferencia. El 26% de los españoles se declaran ya ateos o agnósticos. Los que se confiesan católicos practicantes rondan el 27%. Y un 45% se consideran no muy practicantes. El número de los pertenecientes a otras religiones es un porcentaje mínimo. En el año 1970 se manifestaban católicos el 96%. En 1992 se pasa al 72%⁹.

Las quejas que a menudo se expresan sobre la actitud negativa del hombre de hoy ante la religión podrían resumirse en estas frases: «no prestan atención a la religión», «no tienen sensibilidad ante lo religioso», «no la valoran ni aprecian».

¿Cómo explicar una actitud así? El hombre de hoy es sensible a toda «buena noticia». No hace falta ver más que los recursos empleados por la publicidad. Si la Buena Noticia del evangelio no es atendible ¿no será por lo inadecuado de la oferta? El anuncio de la Buena Noticia tendría que traspasar algo en un mundo en el que falta el interés previo por lo religioso.

¿No estará la causa en que el hombre de hoy ha podido llegar a ser un indiferente resabiado? De una religión mantenida por el miedo y de cuyas ataduras se ha sentido liberado. Ante un Dios que parece se afirmaba a costa del hombre. Ante un Dios que amargaba la fiesta. Ante un Dios con mentalidad infantil. Ante un Dios impotente ante lo que importaba y hacía sufrir al hombre.

Mientras en la sociedad civil tomaban protagonismo el pueblo y el hombre, en la Iglesia otros tomaban las decisiones por él. Recordemos las populares frases de nuestros pueblos: «doctores tiene la Santa Madre Iglesia», «la fe del carbonero».

No basta con achacar a la modernidad la situación actual de increencia, hay muchas causas anteriores a la llegada de ésta, que han conducido a la presente situación.

El hombre rural, no en abstracto, sino situado en su entorno es el destinatario de la pastoral rural misionera: marginado frente a los grandes monopolios y sus de-

⁹ Juan de DIOS MARTÍN VELASCO. *Antropología que reclama y conlleva una pastoral rural misionera*. M.R.C. Madrid. 1992.

cisiones, individualista a menudo, amenazado en su futuro y en el de sus hijos, que ha perdido su universo simbólico quedando a la intemperie, perdida también el alma de su pueblo.

Las exigencias de la pastoral rural misionera

Opción por Jesucristo desde las nuevas formas de pobreza del mundo rural. La palabra de salvación y liberación desde el anuncio de Cristo resucitado, se hará realidad en las circunstancias concretas en que vive la persona y el mismo mundo rural. La sociedad de consumo en que estamos inmersos, tiende a difuminar las pobreza antiguas y nuevas que nos rodean: abandono de la agricultura; temporismo; incultura; individualismo; alejamiento de los centros de decisión (Zaragoza, Madrid, Bruselas); alejamiento de los centros de trabajo, sanidad y estudio; valoración exclusiva de lo material.

Opción por el libro de la vida. Está bien y es muy necesario conocer las corrientes teológicas, filosóficas, históricas y pastorales. Pero más importante es saber leer en el libro de la vida personal, local, nacional, internacional. Los signos de los tiempos de que hablaba Jesús. Como todo en la vida, ésta es una tarea que se aprende y se aprende fundamentalmente con otros.

Dios se revela en esos acontecimientos, esa historia, esas luchas que contemplamos en el libro de la vida. Nuestra mirada creyente orientará nuestro juicio y nuestros criterios sobre los acontecimientos que suceden en el mundo rural.

Opción por la acción y la contemplación. De nada serviría lo anterior si no lleva a una acción transformadora y evangelizadora. Acción que deberá ser planteada de manera adecuada: posible, proporcionada y asumida por todos. La acción así realizada se convierte en escuela de formación.

Contemplación desde la vida y el Evangelio. Uniendo dos actitudes: Vivir delante de Dios como si Dios no existiera, porque El nos quiere mayores de edad y responsables. Vivir, a la vez, con conciencia de que «sólo Dios basta» pues El es la raíz y el fundamento.

Un nuevo clima para toda la pastoral rural

Una tarea evangelizadora en el mundo rural, planteada desde estas claves, tendrá mucho que aportar a los distintas ramas que comprende la pastoral:

La *misión* (Kerigma). El anuncio se realizará desde una presencia y un compromiso con aquellos a los que se ofrece la Buena Noticia y en diálogo con ellos.

La *catequesis* (Didaskalia). Lo transmitido tendrá mucho que ver con lo experimentado a cerca del Verbo de la vida en la vida misma del pueblo.

La *liturgia* (Leitourgia). La predicación tendrá que ver y será una iluminación del acontecer de la vida, en directa conexión con las personas y acontecimientos. La ora-

ción litúrgica no olvidará las experiencias y el acontecer del pueblo, celebrado festivamente y como una nueva llamada al compromiso.

La *comunidad* (Koinonia). Trabajar por una comunidad de creyentes bien vista y apreciada por el pueblo, lo cual no significa la ausencia total de conflictos. Una comunidad corresponsable y participativa, abierta a otras comunidades rurales a las que le une la pertenencia a la Iglesia, la fe y la problemática humana en que están insertas.

El *servicio* (Diakonia). Una comunidad donde el servicio sea central. Servicio a los mas pobres y a todas las pobrezaas que padece el mundo rural y sus pueblos, ocultas en ocasiones por un cierto desarrollo meramente económico. Comunidad abierta al problema de la pobreza en el mundo. Nuestro mundo rural y sus organizaciones pueden y deben ser portavoces de los problemas agrícolas y de subsistencia del tercer mundo.

No nos hemos detenido, por el momento, en una consideración específica de los movimientos de apostolado de A.C. (Movimiento Rural Cristiano, Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos, JUNIOR, JAC...) existentes en el mundo rural aragonés. Ellos son una parte nada más, aunque importante, dentro de una pastoral rural misionera, con una metodología especial, que entra de lleno en lo expuesto en este artículo.

¿Qué queremos decir cuando decimos «Infierno»?

Rev. Aragon. Teol. 4 (1996)

José María Andreu Celma

Torres Queiruga, Andrés, **¿QUÉ QUEREMOS DECIR CUANDO DECIMOS «INFIERNO»?»,** Sal Terrae, Santander, 1995, 106 pp.

Hoy te invito a leer un libro «no tomo sino átomo, que los libros se han escrito no para ejercitar los brazos sino los ingenios» (Gracián). Un librito de Andrés Torres Queiruga sobre el Infierno.

El autor confiesa que el trabajo no le ha resultado fácil; escribe con cierto temor y presenta sus reflexiones con modestia. La delicadeza y la seriedad del tema así lo requieren. Pero ha cavilado mucho sobre él; por eso logra escribir con sobriedad y claridad; va a lo fundamental, distinguiendo «lo que de verdad sabemos» de «lo que cabe conjeturar». La tarea tiene sus riesgos pero también su oportunidad. Durante mucho tiempo las reflexiones sobre «las postrimerías» o «novísimos» estuvieron «en el despacho de los teólogos, cerrado por restauración» (H.U. von Balthasar). Y eso que es un tema fundamental del mensaje cristiano, que es un mensaje de salvación. Con trabajos como éste se va limpiando el mensaje de esas algas que se le han adherido por todas partes y que ahogan su poder. El autor desenmascara las concepciones del infierno como museo de atrocidades, alimentadas por los fantasmas de la imaginación, muchas veces enferma., y las denuncia como intolerables, incompatibles con el Evangelio.

El libro consta de cuatro capítulos. En la Introducción nos muestra la necesidad de superar una interpretación literal y objetiva del lenguaje bíblico, expresado siempre bajo el modelo del símbolo. Es posible, legítima y necesaria una nueva comprensión de esta verdad cristiana: «lo mismo debe ser pensado de nuevo y presentado de otra manera». «Toda reforma importante, toda revolución exige una renovación del vocabulario. No se transforma a los hombres hasta que no se modifica su manera de hablar» (Gusdorf).

Dos son los pilares sobre los que se apoya la doctrina del libro: el amor de Dios, como verdad central del mensaje bíblico, y el carácter existencial de las verdades cristianas: iluminan nuestra existencia y nos orientan en la búsqueda del Misterio divino.

La verdad sobre el infierno no puede ser una verdad discordante del conjunto de las verdades cristianas. También aquí la verdad es el Todo y tiene un carácter sin-

fónico. La pluralidad de las tentativas de comprensión humana del mensaje convergen precisamente en la verdad nuclear del amor de Dios mostrado en Jesucristo. En nuestras reflexiones hemos de «ir hasta el fondo».

Nosotros vamos descubriendo la voluntad de Dios sobre nuestro destino desde las experiencias que vivimos. Las experiencias son el cáliz en el que bebe nuestro juicio. Nuestro proceder es lento, con sus tanteos, angustias e intuiciones. Poco a poco el hombre descubre la inconmensurabilidad del amor divino.

De manera definitiva debemos superar «la lógica infernal», fría y abstracta, que tuerce las más elementales evidencias evangélicas, por «la lógica del amor». El infierno no es un castigo por parte de Dios, ni una venganza divina. «La lógica del resentimiento», que se goza con las desgracias ajenas, tampoco se inspira en el espíritu de Jesús.

Debemos agradecer al autor su esfuerzo por expresar de manera razonable y coherente con todo el mensaje cristiano algunas verdades sobre el infierno: es la no salvación, lo que Dios no quiere, el rostro último y definitivo del mal; como pérdida de la salvación es una posibilidad para la libertad humana finita e inevitablemente expuesta al fallo y al fracaso. Es una llamada a no frustrar en nuestra vida la salvación de Dios.

Leyendo el libro pensamos sobre el infierno acompañados por el autor. Es un buen guía en la contemplación de ese enigmático rostro del Misterio cristiano. En el último capítulo, con sencillez y cierta indecisión, nos ofrece su concepción preferida: el infierno es la condenación de lo malo que hay en cada uno; en todo ser humano hay bien y mal: lo bueno de cada uno se salvará; lo malo, anulándose, se perderá.

El libro, con escritura atenta y sugerente, nos va presentando los fundamentos bíblicos y patrísticos sobre los que se apoya la nueva interpretación. Desde los primeros siglos la tradición teológica ha presentado la verdad sobre el infierno de manera diferente a la más divulgada entre los cristianos por predicadores y artistas y que ha sido rechazada y ridiculizada por personas más críticas. Muy interesantes las notas complementarias que el autor pone, con acierto, al pie de página para no romper la agilidad de la lectura.

En resumen: un libro recomendable a cualquiera que intente hacer más razonable su fe cristiana. Como enseña Zubiri «lo razonable significa primariamente que es congruente aceptar en la vida aquello que conoce, sea o no suficiente este conocimiento. Y la aceptación en cuestión será tanto más razonable cuando más riguroso sea el conocimiento. Lo razonable en este sentido es más que lo racional; es lo racional transfundido en todo el ser del hombre».

La fe bruta, de baja calidad cultural, no es buena; el carbonero parece un oficio a extinguir. Más brillante y enriquecedor es el lema tradicional *credo ut intelligam, intelligo ut credam*.



CURSOS DE
PROBLEMATICA SOCIAL
Y DE
PENSAMIENTO CRISTIANO

*Del 29 de Octubre al 15 de Mayo,
Martes y Jueves a las 20,15 horas.*

Centro de Estudios Sociales de
ACCION SOCIAL CATOLICA

"Asistencia libre y gratuita"

D. Jaime I, 33, Pral. Tel. 29 60 76 - Zaragoza

